

## Marie Le Franc y su libro «Grand-Louis l'Innocent»

 O siempre podemos hablar de libros que nos agradan: más que seguir nuestro gusto personal, creemos deber mantener al lector de ATENEA al corriente de la actualidad literaria, y no siempre nuestro íntimo placer está de acuerdo con el libro que, visto el momento literario, encontramos digno de toda estimación. La novela de Marie Le Franc, *Grand-Louis l'Innocent*, es una de esas escasas obras que logran conmover actualmente todos los medios, siendo además acogida por nosotros con emoción, casi diría la timidez pudorosa y secreta que reservamos a las obras predilectas.

¿Quién es Marie Le Franc? Es la primera vez que suena su nombre en las letras francesas. En las páginas iniciales de su novela leamos el consabido *Del mismo autor*: ha publicado ya dos volúmenes de poemas, *Les Voix du Coeur et de l'Ame*, *Les Voix de Misere et d'Allegresse*, editadas por Crés, y que han pasado completamente inadvertidas. Sabemos que cuenta unos cuarenta años, y que es maestra, como Gabriela Mistral, como Jeanne Galzy. Francesa, bretona, es desde hace años maestra en el Canadá. Y su novela nos coloca constantemente ante el contraste de su gris país de origen y el gran país blanco de su adopción.

Leamos lo que dice de ella y de su obra *Jean Richard Bloch* —cuya admirable novela *Et Compagnie* hemos elogiado en ATENEA—al presentarla a la prensa y a los lectores franceses: «Estoy tan orgulloso de publicar su primer libro como he podido estarlo de *L'histoire d'une Marie* (de André Baillon), *Kyra*

*Kyralina* (de Istrati), *Mansour* (de Bonjean), *Les Allongés* (de Jeanne Galzy), etc. Esta intitutriz bretona, emigrada al Canadá, a los veintiséis años, sin dinero, sin saber una palabra de inglés, sin tener un abrigo confortable, lleva en sí un demonio salvaje, terrible y magnífico. Este primer libro, al cual seguirán luego otros, es uno de los poemas más extraños que haya inspirado la Landa bretona. Visionaria celta, quizás igual a Yeats, me hace también pensar en el gran *Linankoski* del *Canto de la flor roja*. Lleva en sí la sensualidad quemante y polar. Tiene de los irlandeses el sentido del viento, de los nórdicos el sentido del frío, de los bretones el sentido del espacio, de la mujer, el sentido del amor, de sí misma, el sentido de la aventura. Confío esta primera novela del nuevo escritor al juicio de la crítica... Recuerdo que Baillon, Jeanne Galzy, muchos otros, no encontraron quien los imprimiera antes de dirigirse a la joven casa editorial en la cual mis amigos y yo nos esforzamos por hacer reinar la sencillez de los corazones, la defensa valiente de nuestras preferencias, el amor hacia el buen trabajo. No me siento, pues, molesto al señalar que *Grand-Louis* ha sido devuelto un día a Marie Le Franc por los servicios de un editor con esta nota: «Ridículo». En cambio, ha sido distinguido en 1925 por el jurado que le concedió la «Bolsa de Viaje Nacional». Por sí sola esta contradicción bastaba para excitar mi curiosidad.

Era arriesgado presentar un libro en una forma tan resueltamente elogiosa: bien sabemos que tendemos a disminuir lo que se nos ha alabado con vehemencia. Pues bien, *Grand-Louis l'Innocent* no ha desilusionado a nadie, y los críticos hoy sobrepasan en admiración al mismo Jean Richard Bloch. Se habla ya de «renovar el éxito de Marie Chapdelaine». Nosotros encontramos que ese paralelo insistente entre la obra de Marie Le Franc y la de Louis Hémon, es hacerle poco favor a la escritora. Por suerte, la apasionada bretona va mucho más allá en el análisis y la emoción que Louis Hémon en su novela atrayente, por cierto, llena de gracia y de dulzura, lo reconozco, pero algo meliflua en su conjunto, y como bañada en agua de rosas.

Lo que, a mi parecer, da todo su valor a la novela de Marie Le Franc, es el movimiento franco y viril, la emoción vigorosa, unida a la delicadeza más genuinamente femenina. Jamás se ha matizado mejor la evolución de un sentimiento amoroso desde el simple gesto caritativo de una mujer hacia un vagabundo, un loco sufrido y suave, Grand-Louis. Interviene luego el interés por volver a educar su mente adormecida; aparece la ternura, la costumbre teje sus redes: viven juntos, como hermanos. La mujer acaba por sentir cierta admiración por el hombre de arrogante figura que es Grand-Louis. Se insinúa, sutil, el prestigio del Misterio: nadie sabe de dónde vino Grand-Louis... durante la guerra, se le halló una mañana en el pueblo, perdida la memoria... Al verlo tocar con delicadeza objetos frágiles, encender un cigarro puro con gestos de *coinnasseur*, la mujer piensa, entre irónica y soñadora: ¿será un príncipe?... Y al fin surge entre ambos el amor, un gran amor silencioso y sensual. Lo hermoso de *Grand-Louis l'Innocent*, es que todo sucede allí casi sin palabras, en almas tan vibrantes y expresivas que una contracción del rostro, y hasta la perfecta inmovilidad ante un paisaje hermoso o un recuerdo, les basta para comunicarnos intensas emociones. «Los ojos de Grand-Louis hablaban el lenguaje equilibrado que le estaba rehusado a sus labios. Decían el largo esfuerzo del día, la jornada del hombre de acción cuyos incidentes cuenta luego en su hogar. Ella le ofrecía una mirada semejante, sin enternecimiento, sin perplejidad. Ya no era el hombre sobrenatural. Estaban iguales. Con los ojos, ella conversaba, discutía con él, hasta lo embromaba amistosamente». Era preciso romper el silencio con precaución, dar vueltas alrededor para encontrar la brecha por donde penetrar en el hermoso jardín liso. Ella susurraba: «Grand-Louis»... La respuesta estaba siempre pronta: «Eva». Y la voz quedaba suspendida sobre este nombre, levemente interrogadora, cargada de espera. Era en momentos semejantes cuando transparentaba bajo la envoltura del Inocente la figura del hombre que había debido ser. Eva se encontraba frente a un hombre nuevo, en cuya presencia se hallaba algo tímida».

Matices así son difíciles de expresar. La novela toda es el continuo y delicado triunfar de cosas por el estilo.

Cuando digamos que una naturaleza potente y magnífica es el cuadro de la novela, y que Marie Le Franc ha sabido con maestría poner a su obra en comunión con el paisaje, creando así una atmósfera intensa, habremos, lo esperamos, hecho sentir que *Grand-Louis l'Innocent* es un gran libro.

MARCELLE AUCLAIR.